

LOS ÍCONOS Y SU MISIÓN SANTIFICADORA

Pbro. Marcelo Klekailo

Eparquía Ucraniana

Historia: crisis y fe

El ícono para las Iglesias orientales, tanto católicas como ortodoxas, suele ser portado como una especie de trofeo de guerra y resguardado como precioso tesoro. Esta actitud percibida a simple vista en el entorno propio no es forzada ni artificial, sino que es consecuencia de los hechos históricos que envuelven a la iconografía. «El mismo ícono es martirio y lleva las huellas de un bautismo de sangre y de fuego. La sangre de los mártires se ha mezclado con las partes de los íconos, salpicaduras de la luz, durante la persecución encarnizada ejercida por los iconoclastas» (Evdokimov, 1991).

Los llamados iconoclastas formaban un grupo contrario a la representación en imágenes de Cristo, la Madre de Dios y los Santos, y tenía partidarios tanto entre los laicos como en la jerarquía eclesiástica y en la misma corte bizantina. El origen de este duelo, comenzado en el siglo VIII entre iconoclastas e iconodulos, que duró más de cien años, es arduo de

abordar ya que las cuestiones políticas no faltaban en la disputa eclesial (Uspenski, 2013, cap. 6). Pero cabe destacar que la mayor preocupación desde el punto de vista teológico fue la ortodoxia en la doctrina de la Encarnación, la consideración de la materia frente a tendencias espiritualistas, y el peligro de la idolatría. Temas colaterales que se veían afectados eran también la veneración de las reliquias, el culto a los Santos y a la mismísima Madre de Dios. El triunfo de la verdadera doctrina resultó del VII Concilio Ecuménico, celebrado en Nicea en el 787 y convocado por la emperatriz Irene, del cual participaron unos 330 obispos y monjes. A la clausura del concilio se declaró que «cuanto con más frecuencia son contemplados por medio de su representación en la imagen, tanto más se mueven los que éstas miran al recuerdo y deseo de los originales y a tributarles el saludo y adoración de honor, no ciertamente la latría verdadera que según nuestra fe sólo conviene a la naturaleza divina; sino que como se hace con la figura de la preciosa y vivificante cruz, con los evangelios y

con los demás objetos sagrados de culto, se las honre con la ofrenda de incienso y de luces, como fue piadosa costumbre de los antiguos. "Porque el honor de la imagen, se dirige al original", y el que adora una imagen, adora a la persona en ella representada» (Denzinger & Hunermann, 1999, n°601).

Se debe destacar la actuación del gran San Juan Damasceno y de San Teodoro Estudita, gracias a quienes se reafirmó la doctrina de las imágenes luego de una segunda crisis en el año 843, cuando los íconos fueron reinstalados de nuevo y permanentemente, gracias a los esfuerzos esta vez de otra Emperatriz, Teodora. Este hecho se conoce como "el Triunfo de la Ortodoxia", evento conmemorado en el calendario de las Iglesias orientales el primer domingo de Cuaresma. A San Juan Damasceno se le debe la distinción de los términos que usa el concilio: la Imagen visual (ícono) se venera del mismo modo que la Imagen verbal (evangelio), esto es *proskinesis*-veneración, frente a la *latreia*- adoración que corresponde sólo a Dios. Evidentemente, tal como lo enseña el actual Catecismo (CEC, n° 476), la Encarnación del Verbo es la razón fundante para representar en una imagen – ícono, al Dios invisible. Lo enseña el mismo Damasceno: «En la antigüedad, Dios incorpóreo e incircunscripto no era representado. Pero, ahora que Dios se manifestó en la carne y vivió entre los hombres, produzco yo una imagen del Dios que es visible. No venero la materia sino al Creador de

la materia, que por mí se hizo material y se dignó habitar la materia, que mediante la materia efectuó mi salvación. No pararé de venerar la materia que ha sido el medio de mi salvación» (Damasceno, PG XCIV, 1245A). Por su parte, San Teodoro Estudita explicita la doctrina de los Santos Padres para responder a la cuestión sobre qué es aquello que se representa en la imagen, ¿Es imagen de Jesús de Nazaret, como retrato de un personaje histórico? La imagen es siempre diferente del prototipo en cuanto a la esencia, pero le es semejante en cuanto a la Hipóstasis. Aquello que es pintado con pigmentos sobre madera no es la naturaleza divina ni la naturaleza humana, sino la Hipóstasis de Cristo. Una hipóstasis (la de Cristo) en dos naturalezas (divina y humana) significa una Imagen de dos posibles modos: visible e invisible. Lo divino es invisible, pero se refleja en lo humano – visible.

La representación de la Imagen divina

El ícono está lejos de tender ser una pintura a modo de retrato. Eso queda expresado en la composición de sus formas y colores, que, más allá de querer acercarse al prototipo real, buscan significar una presencia transfigurada; celestial. Los cuerpos presentan algunas desproporciones, los pliegues de los vestidos ocultan los cuerpos terrenos, las piernas y pies pequeños transmiten ligereza, los rostros reflejan al hombre interior; en fin, el brillo que todo lo abarca es signo de la luz



tabórica, del cuerpo que se ha sumergido en la *theosis*¹.

Quizás sea oportuno señalar en este momento que el olvido tanto de este sustento dogmático como del penoso logro de triunfo de la recta doctrina puede relacionarse con la actual crisis iconoclasta que se vive. ¿Por qué molesta tanto un simple crucifijo por encima de un pizarrón escolar? ¿Por qué la desatención en el ornamento de un templo católico moderno? Como lo señala el ya mencionado Evdokimov «el iconoclasmo generalizado, el rechazo del ícono, proviene de la pérdida progresiva del simbolismo litúrgico y del abandono de la visión patristica» (Evdokimov, 1991, cap. X).

El cristiano frente a la Imagen de su Salvador.

El lugar de los íconos, como puede deducirse, no es el mismo que el de cualquier otra pintura. Es un verdadero sacramental, un canal de la gracia divina, el cual opera en quien venera devotamente la sagrada imagen. Ese trozo de madera está fuera del espacio presente por un marco de oro, que coloca lo representado en una

dimensión particular. Esas formas y esos colores están en una “ventana del cielo”: aquello no nos evoca un mero recuerdo de alguien distante, sino que está de alguna manera presente aquí. Esa presencia, que no es otra que la misma presencia divina, es capaz de mover un corazón a la conversión, de curar una enfermedad, o de purificar los pensamientos. «La doctrina de san Juan Damasceno se inserta así en la tradición de la Iglesia universal, cuya doctrina sacramental prevé que elementos materiales tomados de la naturaleza puedan ser instrumentos de la gracia en virtud de la invocación (epiclesis) del Espíritu Santo, acompañada por la confesión de la fe verdadera. [...] También nosotros las escuchamos hoy, compartiendo los mismos sentimientos de los cristianos de entonces: Dios quiere morar en nosotros, quiere renovar la naturaleza también a través de nuestra conversión, quiere hacernos partícipes de su divinidad» (Benedicto XVI, 2009). Esta presencia es solamente perceptible para quien es capaz de contemplar el ícono, de verlo en profundidad. El ícono es escrito en oración y para la oración, y es comprendido en el silencio interior. Éste puede ser adquirido mediante la concentración, el encendido de una lámpara frente al ícono, señal de la luz divina, que actúa en nuestra realidad y la transfigura (Catecismo Iglesia greco-católica, 2011, n° 592).

La teología de la presencia, desarrollada en la escritura

¹ Deificación: “Pues su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas **os hicierais partícipes de la naturaleza divina**, huyendo de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia” (II Ped. 1:3-4). Unión de las criaturas en la Vida Divina de la Santísima Trinidad (Lossky, 2009, cap. IV).

iconográfica, se manifiesta en la piedad de los cristianos orientales. Las Iglesias están repletas de íconos, no sólo en el iconostasio², sino como frescos o mosaicos en sus paredes y bóvedas. Además, forman parte de la vida doméstica, y es fácil encontrar en una casa el "rincón bello" preparado con íconos para la oración familiar. Se recibe uno de ellos en el bautismo (una antigua tradición decía que debía ser del tamaño de la criatura), y los padres bendicen a los futuros esposos con uno el día del matrimonio. «El ícono siempre contiene en sí un llamado de Dios al hombre, expresa su vocación para la vida en Dios. "Ver" a Dios que nos observa desde un ícono es el mayor don que nos puede dar, la manifestación "del cielo en la tierra". "Viendo" a Dios en un ícono, nos hacemos capaces de verlo en el prójimo» (Catecismo Iglesia greco-católica, 2011, n°596).

Vitalidad y acción continua

Hoy que el cristianismo se ve amenazado por doctrinas espiritualistas que pretenden olvidarse de la materia, inclusive del propio cuerpo de los hombres, la iconografía crece en el oriente cristiano y avanza notablemente en occidente. El ícono ya venció sobre esas ideas extrañas a la fe cristiana, y puede volver a hacerlo. Los iconoclastas al considerar que la materia era profana, buscaban una religión libre de contacto con lo

material, pues pensaban que lo espiritual era incompatible con lo material. Eso sin embargo es traicionar la Encarnación, excluir la humanidad de Cristo y de Su cuerpo; es olvidar que tanto nuestro cuerpo como nuestra alma se han de redimir y de transfigurar. «Dios "deificó" la materia y la dotó de espiritualidad; si la carne se ha convertido en vehículo del Espíritu, también lo pueden ser, aunque de modo distinto, la madera y las pinturas» (Ware, 2006). Aquello tan palpable, tan visible, manifiesta, en realidad, a quien venera el ícono su propia finalidad: ser Templo del Espíritu Santo, ser transfigurados como quienes están representados.

La expansión de la iconografía bizantina hoy en occidente puede ser una gran oportunidad de revertir tantos procesos, movimientos, ideologías y tendencias que alejan a incontables varones y mujeres de Dios. La criatura una vez más siente vergüenza de su Creador, y por eso se esconde. El ícono hoy vuelve a proclamar la voz del Padre misericordioso: «¿Dónde estás?» (Gn. 3:9). Hoy el ícono puede volver a mostrar al mundo la Belleza de Dios. «Una función esencial de la verdadera belleza consiste en el comunicar al hombre una saludable "sacudida", que le haga salir de sí mismo, le arranque de la resignación, de la comodidad de lo cotidiano; le haga también sufrir, como un dardo que lo hiere, pero que justamente de este modo lo despierta abriéndole nuevamente los ojos del corazón y de la mente; poniéndole alas, empujándolo hacia lo alto. La belleza

² Tabique con puertas que porta íconos y divide la nave del Santuario donde se encuentra el Santo Altar.



golpea, pero por ello mueve al hombre hacia su destino último, lo pone en marcha, lo llena de nueva esperanza, le da la valentía de vivir hasta el final el único don de la existencia» (Benedicto XVI, Encuentro con los artistas, 2009).

El mundo actual acostumbrado a la chatarra reclama volver a ver la Belleza de Jesús, y constituye para los cristianos una verdadera tarea apostólica: proclamar la armonía en la belleza del ícono del Señor. Es necesario mostrar al mundo la belleza de la santidad, la belleza de la adopción filial, la belleza de la imagen del Salvador. Por medio de sus colores, «la maternidad cósmica, como puro receptáculo, recibe las llamas del Paráclito. La luz del primer día se resuelve en la armonía final de la Ciudad luminosa del último día. De las cumbres de la cultura humana, de todos sus íconos, el Espíritu Santo, Iconógrafo y Espíritu de Belleza, está ya haciendo el Ícono del Reino» (Evdokimov, 1991, cap. X).

Bibliografía

- Benedicto XVI. (06 de mayo de 2009). *Audiencia general: San Juan Damasceno*. Obtenido de www.vatican.va
- Benedicto XVI. (21 de noviembre de 2009). *Encuentro con los artistas*. Obtenido de www.vatican.va
- Catecismo Iglesia greco-católica. (2011). "Cristo nuestra Pascua". CEC. (s.f.).
- Damasceno, J. (PG XCIV, 1245A). *Sobre los íconos*.
- Denzinger, & Hunermann. (1999). *El magisterio de la Iglesia*. Barcelona: Herder.
- Evdokimov, P. (1991). *El arte del ícono, teología de la belleza*. Madrid: Publicaciones Claretianas.
- Lossky, V. (2009). *Teología mística de la Iglesia de Oriente*. Barcelona: Herder.
- Uspenski, L. (2013). *Teología del ícono*. Salamanca: Sígueme.
- Ware, K. (2006). *La Iglesia ortodoxa*. Buenos Aires: Ed. Angela.